

Los niños tristes del capitalismo

Alejandro Varela

Resumen: Nos hemos planteado situar los efectos depresivos del discurso capitalista capaz de deshacer los lazos sociales. Diferenciamos la promesa de goce que la profusión de los gadgets generados por ese discurso ocasiona, del lugar del deseo sostenido en la tolerancia hacia la falta, recurso indispensable para su establecimiento. Hicimos énfasis en la adolescencia como el tiempo subjetivo en que esta crisis tiene un lugar preponderante. Diferenciamos el trastorno del humor depresivo de la melancolía que ha resultado desplazada, situando la promoción de la clínica de la depresión como parte del problema y no de la solución. Señalamos a la melancolía como paradigma del sufrimiento humano y susceptible de discriminar los problemas inherentes al deseo que se verifican en nuestra época. Finalmente consideramos las identificaciones conformistas como el modo en que se manifiesta la melancolía hoy rechazando el inconsciente y el deseo de saber que lo habita.

Descriptor: Discurso, Capitalismo, Deseo, Inconsciente, Depresión, Melancolía, Identificación.

No resulta posible hacer lugar a una reflexión acerca del desamparo contemporáneo que exhibe nuestra clínica psicoanalítica sin aludir a los efectos de la ciencia en la civilización.

El *Hilflosigkeit* freudiano hace referencia a un estado originario del sujeto donde predominan el desvalimiento y la falta de recursos, como así también la desnudez, donde el *infans* se halla ante la imposibilidad de sobrevivir sin asistencia ajena.

La tranquilidad de la vida intrauterina, desalojada por el nacimiento, apenas será recuperada a través de la experiencia de satisfacción, posible de ser lograda solamente por la asistencia del otro.

Trascendiendo los meros cuidados corporales, las identificaciones, las palabras y la asistencia amorosa, proporcionarán un amparo que, si bien no impiden que el sujeto se aloje en el malestar, le brindan un lugar en el mundo.

Ello no impide que las marcas que deja el desamparo sean imborrables. La angustia automática que deviene se hace presente en cada situación traumática que afecta al sujeto, a diferencia de la angustia señal que, para Freud, implica la aparición de las defensas.

Yago Franco destaca cómo posteriormente, los lazos, la sociedad instituida, las creencias religiosas, para muchos la ciencia, y los diversos grupos de pertenencia, ocuparán el lugar del amparo sustitutivo primitivo.

Hace suya la idea de Piera Aulagnier de *patrimonio común de certeza*, para asegurar el sentido mínimo que equilibre el *sin-sentido* original que el desamparo provoca y que la angustia automática expresa.¹

Pero, por otra parte, la mera existencia de los lugares aludidos no hace lugar al amparo consignado y tampoco dichos lugares son homólogos, siendo precisamente la ciencia y sus consecuencias modos de profundizar la impugnación de la certeza, por un lado, y, sobre todo, la idea de patrimonio común.

Será la universalización que la ciencia provoca y una de sus más notorias consecuencias, el *humor depresivo*, aquello que se verifica como efecto y al mismo tiempo como límite del proceso.

La universalización consiste en el modo cómo la ciencia promueve un modo de funcionamiento que es para todos y ello se trasunta en la supresión de las diferencias.

Para la práctica analítica las diferencias que importan son aquellas que atañen al deseo y al goce. En ese sentido, *la universalización que podemos considerar científica consiste en reducir, en homogeneizar, los modos de goce de la civilización.*²

En todas las épocas es la civilización quien ordena los modos de gozar, pero existieron épocas anteriores en la historia en las que los diferentes modos de goce se ordenaban por otras vías que en la dominada por los efectos de la ciencia y de los que el capitalismo es efecto.

Tradicionalmente, lo que Lacan ha llamado *significante* amo regulaba los medios de goce. En nuestros tiempos la ciencia ha puesto en cuestión ese *significante* que era único y unificador, en pro de una fragmentación que el mismo Lacan no vacila en llamar esquizofrénica.

Es por ello que las instituciones, los lazos, la religión, aquellas formaciones sociales a las que Yago alude no alcanzan por sí mismas para evitar el desamparo del sujeto, sobre todo en el momento en que se debieran constituir los ideales que la adscripción a esas modalidades institucionales requeriría y que el momento de la vida llamado *adolescencia* implica.

¹ Franco, Yago. *Hilflosigkeit, inseguridad. El psicoanalítico*. Revista virtual. yagofranco@elpsiconalítico.com.ar.

² Soler, Colette. *Las incidencias políticas del psicoanálisis*. Tomo I. Ediciones S&P. Barcelona. 2011. Página 416.

La ciencia ha permitido sustancialmente el pasaje de un modo de producción distinto del clásicamente artesanal, el capitalista. Consecuentemente, se produjo una alteración en las relaciones sociales.

Lo colectivo de lo que Piera Aulagnier exige que haya un patrimonio de certeza para su correcto funcionamiento, es ordenado por Lacan en forma de discursos.

Los lazos sociales para él, con sus cuerpos, sus palabras y sus conductas están ordenados por el lenguaje.

Ocurre que cuando formula sus cuatro discursos ordenadores de los lazos sociales, Lacan además de los discursos histórico, universitario, del amo y el analítico, añade poco después el discurso capitalista, con la peculiaridad de atribuirle a diferencia de los anteriores, la consecuencia de desarmar el lazo social.

Resulta más que obvio subrayar de qué modo nuestros tiempos capitalistas están atravesados por la búsqueda del éxito económico y del provecho fácil y rápido: es más, no obtenerlo entristece o como se suele afirmar, *deprime*. Si se lo obtiene, el *humor* cambia de signo y el sujeto se enaltece. Se diría que está afectado por esta epidemia que nos asuela: la *bipolaridad*.

Marx definió de un modo muy sencillo la esencia del capitalismo: en el régimen de propiedad privada de los medios de producción una parte del trabajo que realizan los trabajadores no se paga y le llamó a este hecho plusvalía, parte no pagada que va a engrosar el capital del dueño de los medios de producción, constituyéndose en objeto de su deseo.

Lacan adopta la idea de la plusvalía y le reconoce a Marx el descubrimiento del modo cómo la Revolución Francesa consiguió *forcluir* ese proceso inherente al capitalismo tras la defensa de los derechos humanos.

Paradójicamente, para Lacan, la lectura de Marx logró consolidar y perfeccionar el discurso capitalista porque excluyó que la plusvalía es un objeto perdido también para el proletario, sustraído, robado, y, por lo tanto, que debe recuperarse.

*Así, la plusvalía, desde el momento en que se formula y se explica, se convierte en la causa del deseo; no sólo del capitalista, como dijo Marx, sino en la causa del deseo que está en el principio de toda economía.*³ Por supuesto que el combate por poseerlo o recuperarlo es desigual, pero lo importante es establecer la función de causa de deseo que la plusvalía tiene.

Lo más importante es la consecuencia que Lacan extrae de la idea de plusvalía como causa: *...la plusvalía es la causa del deseo de la que la economía hace su principio, el de*

³ Soler, Colette. *Las incidencias políticas del psicoanálisis*. Op. Cit. Página 435.

*la producción extensiva y por lo tanto insaciable de la falta-en-gozar. Por una parte, se acumula para acrecentar los medios de esta producción a título del capital. Extiende el consumo por otra parte, sin el cual esta parte sería vana, precisamente por su necesidad para procurar un goce con el cual ella pueda aminorarse.*⁴

La falta de goce se sostiene en el imperativo de la sociedad capitalista: producir para consumir y consumir para producir. Que el capitalismo como decía Max Weber se sostenga en el ascetismo protestante demuestra que el acrecentamiento del capital no implica de por sí gozar de él.

Por supuesto que el capitalista goza de algunos bienes, del mismo modo que el proletario lucha por derechos y salarios, pero ambos se consuelan con esos falsos objetos a que Lacan llama *gadgets* producidos por la técnica, capaces de amortiguar, aunque sea de modo efímero esa sed de falta de gozar que el humor depresivo ilustra.

Por otra parte, siempre entre los términos de los cuatro discursos hay un hiato, una barrera, que hace que lo que se espera como goce prometido retorne como una verdad que divide al sujeto.

En el discurso capitalista no hay tal barrera, lo que permite deducir que no sólo el sujeto produce los objetos de consumo, sino que estos lo determinan a él.

De hecho, no podemos prescindir de las herramientas, de los aparatos, circunstancia que cuando se da se revela dramática: queremos más y si nos faltan, el efecto es catastrófico.

Anticipemos: en un texto de reciente edición, el *Vocabulario de psicopatología*, en la entrada correspondiente a depresión se nos dice: *En ocasiones, el exceso de objetos conduce a una ausencia de falta, a una constatación de que nada es suficiente, lo que conduce al afecto depresivo donde predominan la tristeza silenciosa, la desesperación, la ansiedad y el abatimiento, incluso la aversión hacia el otro.*⁵

Todos los discursos a través de la barra señalada, entre el Amo y la histérica, entre el analista y su paciente, entre el profesor universitario y sus alumnos, etc. establecen un lazo, aunque sea conflictivo. En el discurso capitalista, por el contrario, sólo hay relación de cada quien con el objeto plusvalía: *realiza una forma del fantasma, el vínculo directo del sujeto con un objeto a, salvo que ese objeto está condicionado por toda la economía*⁶, subraya Colette Soler.

⁴ Lacan, Jacques. *Radiofonía*. En *Otros escritos*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 2012. Página 458. (Destacado propio).

⁵ González Delgado, Ángela. *Depresión*. En *Vocabulario de psicopatología*. Volumen 1. Xoroi ediciones. España. 2023. Página 374.

⁶ Soler, Colette. *Las incidencias políticas del psicoanálisis*. Op. Cit. Página 438.

Todo lazo social sostenido en esa barra, por más polémico y conflictivo que sea promueve un sentido. La producción extensiva de la *falta-en-gozar*, contrariamente, lo que provoca es una crisis de sentido.

Esa falta que la barra organiza, es otro nombre para el deseo. Cuando esto falta, en la crisis del deseo se pierde el valor de la vida.

Freud decía que cuando un sujeto se interroga sobre el sentido de la vida está enfermo. Enfermo a nivel de la libido. Ya en el *Manuscrito G* dedicado a la melancolía, ese desfallecimiento libidinal era tempranamente definido como melancólico.

Anticipemos aquello que será la afirmación que subrayaremos: *la melancolía permite pensar nuestra época*, y su encubrimiento tras la proliferación de los múltiples diagnósticos acerca de la depresión y la bipolaridad, encubren su discernimiento.

Las épocas tradicionales con los polémicos lazos sociales establecidos se actualizaban en nuestra clínica en preguntas acerca de cómo escapar de ellos. Hoy ésta se manifiesta en cómo no caerse debido a la precariedad de los mismos o cómo lograr establecer alguno: se llama individualismo.

Podríamos suponer también que la solución contemporánea a esta producción extensiva de la *falta-en-gozar*, fue anticipada por Lacan cuando en su seminario sobre Joyce, señalaba que cada uno se hace su escabel, otro nombre para el *sinthome*, que tanto estimula actualmente la imaginación analítica.

Lacan también señaló que el discurso capitalista excluía *las cosas del amor* y promovía una forclusión de la castración. Volveremos sobre ello cuando hagamos referencia a la dimensión melancólica de la época.

En *las cosas del amor* la castración se ubica entre los dos partenaires. No es lo mismo desear a una mujer que a la plusvalía o para decirlo de otro modo cómo diferenciar una mujer de una mercancía.

En el "progreso" del discurso contemporáneo los semblantes del amor han caído: el retorno en imágenes, la pornografía, etc. no implica que estén incluidos en un discurso. Por el contrario, la familia burguesa daba un marco para la pareja legítima, y también para la ilegítima.

Tal como afirma Colette Soler en el amor utilizamos nuestra castración, la ponemos al servicio del otro. Lacan llega a decir que la damos.

En la *Carta a los corintios*, San Pablo define al amor como mutua servidumbre consentida, oxímoron que no es caso describir en este texto.

Una consecuencia importante de la ausencia de la disparidad inherente a los términos presentes en los cuatro discursos es que se ha sustituido la violencia instituida, como por

ejemplo la inherente al amo y el esclavo, por una violencia generalizada que el desamarre pulsional provoca.

La universalización que la ciencia genera redundante en un fenómeno social de masificación que para ordenarse necesita de la segregación.

Los discursos tradicionales eran discriminativos, pero no segregativos ya que, por ejemplo, las diferentes clases sociales podían convivir en el mismo espacio.

Hoy día para ordenarse en épocas de la masificación es necesario un tratamiento de lo simbólico por lo real de los agrupamientos, desde las villas y asentamientos hasta los barrios cerrados.

Decíamos que la producción extensiva de la *falta-en-gozar* del modo de producción capitalista traducía la frustración concomitante en la generalización del humor depresivo.

Una definición clásica lo significa como un *síndrome que se manifiesta mediante un conjunto de signos y síntomas que pueden observarse en distintas estructuras y tipos clínicos*.

La definición agrega que las manifestaciones son *trans-nosográficas* y desproporcionadas frente a una herida y privación. Finaliza señalando que es *un estado subjetivo caracterizado por tristeza y dolor anímico tácito*.⁷

Asociado a la melancolía desde la Antigüedad, también en el siglo XIX se utilizaba (Griesinger) el término estado de depresión mental como sinónimo de melancolía.

La autora de esta entrada al *Vocabulario de psicopatología* señala que el padre de la psiquiatría moderna, Kraepelin, lo asimila a la locura y a un modo de ser de la paranoia, para elaborar más tarde, en 1899, el término diagnóstico de locura maníaco-depresiva.

Fue Adolf Meyer en los primeros años del siglo XX quien generaliza el término de depresión sustituyéndose poco a poco el término de melancolía.

Freud, sin embargo, recupera según la autora el término melancolía, para no hablar tanto de una enfermedad sino como un destino subjetivo entendido como una forma patológica del duelo. Será a partir de esta afirmación que consideraremos a la melancolía como un paradigma contemporáneo.

Incluye el texto del *Vocabulario* cómo para Lacan es señal de cobardía moral en una perspectiva decididamente ética y advierte cómo *en las sociedades avanzadas se convirtió en enfermedad de época, paradigma de fracaso en una sociedad sin ideales, en donde los sujetos padecen de depresión sin sentirse concernidos*.

⁷ González Delgado, *Ángela*. Op. Cit. Página 372.

Señala que es un trastorno concebido como una falta-en-ser manifestado por una tristeza profunda con decaimiento anímico, falta de interés en los objetos, desfallecimiento, ausencia de deseo y pregnancia del sin-sentido.

Tras verificar la ausencia de lazo social en quienes lo padecen, destaca su auge como efecto de su supuesta etiología orgánica y cómo el progreso en la elaboración de los psicofármacos contribuye con la promesa de la felicidad a que se difunda. Aclaremos que sintomáticamente es una respuesta exitosa la que prometen y logran.

Lo que la autora de la entrada subraya es la intolerancia ante la falta-en-ser, y el carácter de resistencia al imperativo de gozar de la época.

Por otra parte, describe el deseo como el gran damnificado del cuadro y adjudica al sujeto incapacidad para asumir sus responsabilidades y el refugio en el síntoma como justificativo.

Llama la atención sobre un aspecto que más adelante merecerá nuestra particular atención. La depresión ha desplazado a la histeria y a la melancolía en la mirada médica que la ve en afecciones ligada a trastornos en el cuerpo, quejas sin sustrato orgánico verificable y malestares difusos.

En esos casos se produce una circunstancia curiosa: se diagnostica depresión sin depresión.

Por supuesto cuando no existe lazo con el Otro y tiene, agrega la autora, un tinte melancólico claro se la diagnostica como depresión mayor, de la que también nos ocuparemos.

En cuanto a su patogenia, sitúa las pérdidas, el fracaso, el decaimiento del deseo y apunta a *la recuperación de la perspectiva ética en el análisis de la tristeza y la aflicción y una teoría que permita incluir a los afectos como mentirosos.*

Finaliza aludiendo al lenguaje como agente patogénico destacado, pero también como el medio terapéutico elegido.

Son varios los temas que de esta extensa descripción podemos recuperar y en especial para aquellos momentos como la adolescencia en las que las consecuencias del discurso capitalista son más manifiestas.

Tomemos en especial el desplazamiento de la melancolía en aras del trastorno del humor depresivo, la idea freudiana del destino del sujeto, la cobardía moral con su perspectiva ética, el duelo, el problema del ser y la tristeza.

A partir de las últimas enseñanzas de Lacan donde puede llegar a afirmar *todo el mundo está loco* o comentarle a su auditorio norteamericano *soy psicótico porque soy riguroso*, afirmaciones ambas de las que extraeremos más adelante sus consecuencias, sería posible afirmar que la clásica división binaria neurosis-psicosis no es fácil de sostener.

También el sueño edípico freudiano y su interpretación lacaniana del Nombre-del-padre como discriminador psicopatológico ha retrocedido en aras de una clínica nueva, más inclusiva, donde los casos raros encuentran su lugar como discursos no establecidos, situación que desplaza la idea de considerarlos fuera del lazo social.

Quienes transitamos por la clínica de la niñez y la adolescencia siempre hemos desconfiado de los diagnósticos de estructura y encontramos en las conceptualizaciones novedosas de Lacan ocasión para visitar nuestra clínica con más tranquilidad.

Es en ese sentido que vamos a pensar la melancolía no solamente como una estructura psicopatológica, sino como una *red mediadora que comunica entre sí el sufrimiento de los hombres. Es un prototipo universal del dolor. Un mal eterno donde todos nos reconocemos que se ofrece como matriz de cualquier aflicción.*⁸

No es el caso extenderse acerca de la melancolía en detalle, salvo que nos haremos cargo de una frase escrita en un texto clásico de Colette Soler: *Pérdida y culpa en la melancolía.*

Dice la autora: *el lenguaje que introduce a la falta en lo real, que implica una sustracción de vida, condiciona en este sentido para todo "parlettre" una virtualidad melancólica.*⁹

Proponemos atender a cómo esta virtualidad melancólica habita el universo conflictivo en el que se despliegan los efectos del discurso capitalista en los niños y adolescentes que pueblan nuestra clínica.

Lo primero que es posible de reconocer es que la melancolía es comprensible. Está alejada del reproche paranoico y de la xenopatía esquizofrénica. Esto permite su abordaje y la localización de su impronta dolorosa.

Además, y eso lo comparte con la paranoia, puede incluirse dentro de las locuras parciales. Es sabido que desde Falret, la monomanía de Esquirol fue objeto de rechazo hasta Kraepelin quien afirmaba que no existían locuras parciales y afirmó el valor de su diagnóstico de locura maníaco-depresiva.

Resulta en la historia de la psiquiatría sumamente interesante el debate alrededor de las locuras parciales. El diálogo del insensato con su razón, tal como lo proponía Pinel, interpela la idea de enfermedad mental y acentúa la responsabilidad, tema que en la conceptualización de Kraepelin se pierde acentuándose la causa orgánica que se verifica por ejemplo en el ambiguo diagnóstico de depresión endógena.

No abundaremos en ello, basta la lectura de la *Tesis* de Lacan sobre la paranoia para ilustrar el tema.

⁸ Colina, Fernando. *Melancolía y paranoia*. Editorial Síntesis. Madrid. 2011. Página 53.

⁹ Soler, Colette. *Pérdida y culpa en la melancolía*. En *Estudios sobre la psicosis*. Manantial. Buenos Aires. 2014. Página 53.



Aquello que sí merece abordarse es la multiplicidad fenoménica que tiene el melancólico, los numerosos rostros que enmascaran su deseo.

Dice Freud: *La melancolía, cuyo concepto no ha sido aun fijamente determinado, ni siquiera en la Psiquiatría descriptiva, muestra diversas formas clínicas, a las que no se ha logrado reducir todavía a una unidad, y entre las cuales hay algunas que recuerdan más las afecciones somáticas que las psicógenas.*¹⁰

Si bien este aspecto múltiple pareciera permitir un mejor pronóstico que la regresiva esquizofrenia o el delirio paranoico, el melancólico parece habitado por un espacio en blanco previo al deseo y la palabra que nos humanizan, como si la melancolía fuese la manifestación directa de una pulsión que ha fallado en su articulación tanto con el deseo que anima los intereses de la vida y nos guía hacia el cuerpo de los demás, como con la palabra que nos encadena al discurso social.

Es muy importante cómo esta dimensión permite pensar los destinos subjetivos frente a la invasión de los *gadgets*, la clase de contacto que facilitan y los deseos que promueven o aplastan.

Es obvio que nuestros jóvenes juegan en red, pero habría que ver la diferencia entre la regulación por un ideal y los agrupamientos de goce contingentes y efímeros. ¿Cuál clínica es posible allí, si es que es posible alguna?

El imperialismo de la sonrisa, el productivismo permanente, el ideal de perfección promueve una exigencia de tal magnitud que, si no se obtienen, la tristeza acomete al sujeto, no faltando quien deduzca de la permanencia de la frustración un síndrome depresivo.

La melancolía nos permite pensar, por el contrario, otro modo de considerar la tristeza, no resuelta en el cuadro clínico, pero sí apta para nuestra reflexión.

Con una bella metáfora, Fernando Colina describe la tristeza como la respiración del deseo, la expiración o espiración con las que se alternan el placer y el dolor. En ese sentido, el melancólico puede representarse como el hombre más fracasado o como el vencedor más audaz.

Sería un modo alternativo para pensar el *bullying* en esos fracasados del sistema.

Desde ya que estamos pensando el modelo que el melancólico presenta como imagen del duelo, no en su derrumbe subjetivo.

Duelo y deseo son solidarios: delante de cada deseo hay una pérdida que se vuelve falta. Hay una tristeza en el proceso de pérdida a falta hasta que se abre la posibilidad de recuperación del objeto perdido.

¹⁰ Freud, Sigmund. *La aflicción y la melancolía*. En *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Tomo I. Madrid. 1967. Página 1075.

El deseo se recupera porque se pone de nuevo en marcha tras la atracción desconocida de la falta, dejando de lado el recuerdo reconocible de lo que se ha perdido.

Con su sabiduría habitual en *Realidad y juego*, Winnicott homologaba la salud social a un estado un poco depresivo.

Se inspiraba en la posición depresiva kleiniana cuya esencia es una lectura de la falta o de superación del maniqueísmo de la posición paranoica completa y absoluta. El melancólico se queda en la culpa: por eso Colette Soler llamaba a su texto, *Pérdida y culpa*.

La culpa en el lugar de la falta en el cuadro clínico de la melancolía, pero ilustrando de qué se trata la relación deseante con un objeto más allá de la *falta-en gozar* que la proliferación de los mismos acarrea: no hay goce sin pérdida de goce y ese movimiento que se llama deseo se asienta en la falta.

No es necesario mucho esfuerzo para comprobar cómo la depresión ha desplazado la neurosis clásica y ha convertido a la tristeza en un afecto morboso.

El modelo que proponíamos intentaba situar una continuidad que el melancólico ilustra en su derrumbe entre una tristeza normal cotidiana y la más intensa que el cuadro clínico evoca en su desesperado lamento.

Freud considera que estar triste frente a una pérdida es normal, y es más hasta nos aconseja no intervenir y solamente dejar pasar el tiempo. Es ocioso mencionar que ese tiempo al haberse monetizado en exceso hoy es inexistente.

Resulta curioso observar cómo la suma tristeza fácilmente suele identificarse como depresión mayor.

En el DSM IV, lo que se denominaba trastornos depresivos menores o breves recidivantes, son desplazados en el nombre de trastornos depresivos no especificados. Quiere decir que una depresión mayor puede ser un trastorno leve, sólo que no se especificó suficientemente.

Son las delicias de la clínica del humor o más bien el humor que despierta cierta clínica: no creemos que sea cínico suponer razones crematísticas en estas vicisitudes.

Por otra parte, en esos manuales, la melancolía y las formas psicóticas de la depresión quedan incluidas también en el trastorno depresivo mayor como una simple especificación adicional, bien como criterio de psicosis, en el caso de aparecer alucinaciones e ideas delirantes o bien como melancolía si la tristeza matutina es muy grande y la culpabilidad excesiva.

La melancolía es un adjetivo de la depresión y desde ya que la intención subyacente es confundir los límites de la depresión con la tristeza normal, para ampliar su espectro por arriba, y diluir la depresión propiamente psicótica para que el concepto de depresión pueda alcanzar zonas profundas sin perder su unidad diagnóstica.

El gran ausente en estas consideraciones es el concepto de responsabilidad. Por eso Lacan habla de cobardía moral en el trastorno depresivo y Pinel dedica buena de parte de sus escritos a recuperar las *Tusculanas* de Cicerón o el razonamiento estoico para acentuar sobre la teoría humoral de la Antigüedad el papel del sujeto responsable.

Hoy la teoría humoral se transformó en un humor bioquímico: es un problema de serotonina.

Cuando aludíamos a la patogenia de la depresión señalamos el papel del lenguaje y ello nos acercaba a una estructura, no a un afecto. Los afectos no discriminan: las estructuras sí abren espacios de pensamiento.

Al considerar la melancolía como matriz de sufrimiento señalamos el valor de una clínica de la continuidad. Sin embargo, esto no anula tener en cuenta algunas categorías clínicas como la de la forclusión.

Tal vez nuestro desafío clínico de hoy sea reunir los tradicionales enfoques binarios que discriminaban neurosis y psicosis bajo el funcionamiento o no del Nombre-del-padre, con estas conceptualizaciones que haciendo pie en las psicosis piensan al modo kleiniano la neurosis como una psicosis estabilizada.

Anticipábamos la importancia del lenguaje al referirnos a la patogenia de la depresión en su doble función: lo que enferma y lo que cura.

Desde ya, subrayar solamente el humor depresivo y atribuirlo a oscilaciones de la serotonina desconoce su valor.

Como todo ser humano el melancólico está sometido a la pérdida del goce del viviente que implica aquella antigua sentencia hegeliana que tanto destacaba Lacan del lenguaje como asesinato de la cosa.

Ocurre que esto libidinalmente se acompaña de lo que Colette Soler anuncia como condición de complementariedad. La pérdida —castración— se acompaña de la promoción del objeto en su aspecto compensatorio.

La pérdida de goce que la castración acarrea promueve la búsqueda del objeto que Lacan denomina plus de goce.

El problema que aqueja al melancólico es que se queda en la pura pérdida, ante lo que Lacan denomina el *filo mortal del lenguaje*.

Pura muerte: en verdad la forclusión atañe al falo que ordena pérdida y compensación. Cuando esto falla el sujeto está muerto, aunque esté biológicamente vivo o sea es un muerto-vivo. Es más, anhela morir y no puede hacerlo pues no vive.

Es como si viviera permanentemente en el *ser-para-la muerte*, en una estable derelicción.

El delirio de pequeñez de Cottard que por definición es megalomanía narcisista: el más pequeño de todos, ilustra esto perfectamente, o para decirlo de otro modo la permanencia en el narcisismo es mortal.

El falo permite la articulación de este ser en el que se queda fijado el melancólico con el deseo del Otro, proceso en el que el melancólico, falla.

El falo, significante del goce, que no va sin la castración, hace también de significante de la vida, y al constituir una mediación entre la falta del Otro y el ser del sujeto, alivia a éste, por lo menos en parte del "pahos de su dasein".¹¹

¿Qué ocurre cuando este proceso de mediación falta? ¿Cuál es el destino de esta perseveración en el ser?

El aburrimiento, la falta de brillo de los objetos desprovistos de la significación fálica, el aplastamiento del deseo que la invasión de los gadgets provoca, tiene ese efecto deprimente que habita en la melancolía.

No estamos diciendo que nuestros jóvenes sean melancólicos: el delirio de indignidad y la culpa psicótica por *deber estar muerto y saberlo* que anima al melancólico no está presente contemporáneamente. Tomábamos la melancolía y su discernimiento como un modo de pensar el destino del deseo y sus objetos. La falta está ausente, el deseo del Otro excluido.

Emilio Vaschetto en *Ser loco sin estar loco* plantea una hipótesis interesante a partir de lo que comentábamos de las frases de Lacan: *Todo el mundo está loco o Soy psicótico porque soy riguroso*.

No se trata de adjudicarle una entidad clínica a todo el mundo, sino de apoyarse en las diferentes formas que toma la psicosis para pensar el todo social.

Así como la paranoia permite pensar la constitución especular y la agresividad que emana de ello o la esquizofrenia la división del sujeto que adquiere relieve en la Modernidad, *la melancolía piensa la época del rechazo del inconsciente*.¹²

Recuperando las ideas de los psiquiatras del grupo de Valladolid, entre los cuales hemos citado a Fernando Colina, Vaschetto insiste en ubicar a la melancolía del lado del ser y a la esquizofrenia del lado de la división.

¿Cómo se las arregla el sujeto actual frente al dolor de existir, correlato sensible del puro ser? Si bien el mismo Lacan lo liga a la condición humana, el brillo de los objetos bajo la acción del falo atenúa la circunstancia.

¹¹ Soler, Colette. *Pérdida y culpa en la melancolía*. Op. Cit. Página 37.

¹² Vaschetto, Emilio. *Ser loco sin estar loco*. Grama ediciones. Olivos. 2018. Página 93.

Pensar desde la psicosis introduce la pregunta de cómo se las arregla el hombre contemporáneo frente a la aparición inmemorial del dolor de existir: a través, dice Vaschetto del rechazo del inconsciente y las suplencias identificatorias.

*La mudez y la quietud (por más portentosa que esta sea), encuentran a un sujeto que rechaza de plano todo saber.*¹³

Resulta conocida en la clínica el hecho que el sujeto melancólico una vez que se alivia no se pregunta por nada más.

Las identificaciones puramente ideales suplen este deseo de saber. Son portadoras de una clínica sin conflicto; las identificaciones conformistas traducen esta falta de pregunta por el sentido en un conformismo apático.

Son los jóvenes quienes transitan por ese momento tan importante como es la formación de los ideales. Si hay algo que notamos en nuestra clínica es una cierta despreocupación por su contenido.

Los *gadgets* promovidos por el discurso capitalista son aptos para sustituir la formación de los ideales por ilusiones contingentes y precarias. Basta ver esta paradoja de la proximidad sin contacto que habita las redes sociales: un millón de amigos para lo que alcanza un *like*, y por el contrario el efecto depresivo de un *bullying* mediático en su alcance multiplicador.

Es en este punto en que el desamparo se manifiesta en su brutal expresión: no hay un deseo del Otro, o más radicalmente, no hay un Otro a quien le quepa esa función amparadora.

Es curioso, pero la falta de fe en la Otra escena deja al sujeto en el dolor de existir, pero anestesiado. Es en ese lugar donde la idea de depresión tiene su ubicación. El uso indiscriminado de los antidepresivos produce un blindaje libidinal y si bien se eleva el umbral de la sensibilidad, se encubre la importancia de las pasiones.

Es importante recuperar este párrafo de Lacan sobre la depresión: *La tristeza, ...la califican de depresión, y le dan el alma como soporte, o la tensión psicológica del filósofo Pierre Janet. Pero no es un estado de ánimo, es simplemente una falta moral, como se expresaba Dante o también Spinoza: un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que sólo se sitúa en última instancia a partir del pensamiento, es decir a partir de bien decir o de orientarse en el inconsciente, en la estructura.*¹⁴

Mucho puede decirse de la tristeza en la historia de la psiquiatría, desde la recuperación del pensamiento estoico o de Séneca y Cicerón en los escritos de Pinel, aludiendo siempre

¹³ Vaschetto, Emilio. Op. Cit. Página 95.

¹⁴ Lacan, Jacques. *Televisión*. En *Otros escritos*. Op. Cit. Páginas 551 y 552.

a la responsabilidad subjetiva del loco que nunca lo fue del todo, y mucho menos tan determinado que se le desposeyera de esa posibilidad.

Desterrar la tristeza al territorio de la enfermedad mental y abandonar la responsabilidad subjetiva encumbra cierto modo de pensar la relación terapeuta–paciente, el primero *abrumado por el furor sanandi* y el segundo, *hundido y empequeñecido, se muestra impotente para afrontar un mal de cuya causa y remedio se le ha desposeído*.¹⁵

Volviendo a las identificaciones conformistas entre las que podemos situar el *como si* de Helen Deutsch, como hemos anticipado, el melancólico se vuelva sobre el ser propio, sin plantearse las vicisitudes de la falta y la inestabilidad que genera el deseo. Es en ese punto donde encuentra una identificación que le hace asumirse *irresponsablemente* como “Soy este” o “Soy este otro”.

Si en *Acerca de la causalidad psíquica* Lacan describe la identificación en términos de imágenes formadoras, habría que considerar qué relación tiene ello con el *sinthome*.

Por otra parte, también en *Televisión*, Lacan señala cómo la manía o lo que vuelve en lo real de lo rechazado del lenguaje trasunta una excitación por lo que este retorno se hace mortal.

Las consultas de los adolescentes ya no se producen por las vicisitudes del deseo que adquiere perfiles de rebeldía o una dimensión contestataria.

Estábamos acostumbrados a una clínica articulada por las descripciones de Erikson o Peter Bloss, o entre nosotros por Mauricio Knobel, alrededor de la crisis de identidad.

El paradigma melancólico nos ha permitido pensar en verdad el énfasis en la pura identidad, putativa claro está, y si no hay derrumbe subjetivo por la acción de la pérdida, sí hay una presencia incómoda del objeto *a* entorpeciendo el deseo inconsciente.

Un goce inescrutible hecho de la identificación con los *influencers*, juegos en red impenetrables, un lenguaje críptico hecho de una jerga *tribunera* y boliches ruidosos donde los chicos no se encuentran, salvo a la salida para pelearse, interpelan una clínica que muchas veces alude al *sinthome* como solución facilista que promueve más que complacencia una sutil condescendencia.

¹⁵ Álvarez, Juan José. *Estudios de psicología patológica*. Xoroi ediciones. Barcelona 2019. Página 157.



Alejandro Varela: Dr. en Psicología. Ejerce la práctica del psicoanálisis desde 1975. Ex miembro fundador de Propuesta Psicoanalítica Sur. Fue Supervisor de los Equipos de Psicopatología de los hospitales Piñero, Argerich, y Elizalde de la ciudad de Buenos Aires y Gandulfo de Lomas de Zamora. Actualmente es supervisor en el CENTES (Centro educativo para niños con trastornos emocionales severos) y el Hospital de Tarde del Hospital Carolina Tobar García. Es autor de “Paradojas en la infancia” (2008) y Diferentes procedencias (en prensa), además de colaborador en las revistas de APdeBA y las virtuales Controversias y Fort-Da. Ha dictado cursos en numerosas instituciones del país y Brasil.

Os Filhos Tristes do Capitalismo

Resumo: Consideramos localizar os efeitos depressivos do discurso capitalista capazes de desfazer os laços sociais. Diferenciamos a promessa de gozo que a profusão de gadgets gerada por esse discurso provoca, do lugar do desejo sustentado na tolerância à falta, recurso indispensável para o seu estabelecimento. Enfatizamos a adolescência como o momento subjetivo em que esta crise tem um lugar predominante. Diferenciamos o transtorno do humor deprimido da melancolia que foi deslocada, colocando a promoção da clínica da depressão como parte do problema e não da solução. Apontamos a melancolia como paradigma do sofrimento humano e capaz de discriminar os problemas inerentes ao desejo que ocorrem em nosso tempo. Por fim, consideramos as identificações conformistas como a forma como a melancolia se manifesta hoje, rejeitando o inconsciente e o desejo de saber o que a habita.

Descritores: Discurso, Capitalismo, Desejo, Inconsciente, Depressão, Melancolia, Identificação.

The Sad Children of Capitalism

Abstract: We have set out to situate the depressive effects of capitalist discourse capable of undoing social ties. We differentiate the promise of jouissance that the profusion of gadgets generated by this discourse causes, from the place of desire sustained in the tolerance of fault, an indispensable resource for its establishment. We emphasized adolescence as the subjective time in which this crisis has a preponderant place. We differentiate the depressive mood disorder from melancholy, which has been displaced, in such a way that the clinical assessment of depression ends up as part of the problem and not a solution. We point to melancholy as a paradigm of human suffering and capable of discriminating the problems inherent to desire that occur in our time. Finally, we consider conformist identifications as the way in which melancholy manifests itself today, rejecting the Unconscious and the desire to know that characterizes the subject.

Descriptors: Speech, Capitalism, Desire, Unconscious, Depression, Melancholy, Identification.